

A QUEMARROPA

www.semananegra.org



GIJÓN, 5 de julio de 2020 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXXIII • GRATUITO • Nº 3

LITERATURA A PESAR DE TODO



PERSEVERANCIA

Por José Ramón Gómez Cabezas
Página 2

□ A pesar de todo. Del virus, de la dura competencia del entretenimiento digital, de la crisis. Se siguen escribiendo libros, se siguen leyendo y los lectores siguen acudiendo tan en masa como pueden a este festival a fin de conocer en persona a sus autores predilectos. Autores como nuestro muy querido **Juan Bolea**, un recio aragonésote que escribe maravillosamente y ayer nos presentó su *Sangre de liebre*. Hoy tendremos aquí a **Marta Robles**, a **Lorenzo Silva** y a otros escritores menos conocidos pero no menos meritorios, tejedores de historias subyugantes. La Semana Negra no se detiene; no la detiene nada; jamás nada lo hará. Seguimos.

LA COBARDÍA COMO VIRTUD

Por Michel Suárez
Páginas 4 y 5

Nueve escritores invitados a esta edición de la Semana Negra nos hablan de la escritura de sus libros; de la *chispa* que la motivó, las procelosidades de su proceso de documentación o las dificultades y obstáculos encontrados durante la redacción y cómo se resolvieron, con vistas a aconsejar y ayudar a escritores noveles o que aspiran a serlo.

Hoy, **José Ramón Gómez Cabezas** nos habla de su ***La balada de los ahorcados***.

LA AVENTURA DE ESCRIBIR

Perseverancia

Estaba terminando el proceso, siempre odioso, de corrección de *La balada de los ahorcados*, o eso creía yo, cuando vi la convocatoria de un premio literario en el que había sido finalista un par de años antes. Tenía dotación económica, casi simbólica y publicación. Me animé. La fecha de cierre era en una semana y apuré un par de días para terminar de corregirla. Creía cumplir todos los requisitos de la convocatoria y lo envié: estábamos a tiempo; incluso me sobraban días.

A las dos horas recibí respuesta. Mi manuscrito, al parecer, no cumplía parámetros. Me lo devolvieron la primera vez que les pregunté. Habían eliminado espacios entre capítulo y capítulo, el interlineado lo habían reducido al mínimo; título, párrafo introductorio y capítulo 0 estaba todo en la primera página. Con esas directrices, efectivamente, mi manuscrito se quedaba a unas quince páginas de cumplir criterios. Tras varios *e-mails* cruzados donde no vi posibilidades, me recordaron que a la convocatoria aún le quedaban cuatro días para cerrar.

Nunca fui conformista; tampoco va conmigo el lamento o la resignación. Tenía cuatro días. Bien, estaba dispuesto a aprovecharlos, aunque a decir verdad no soy un tipo de escritura hiperfluida. Recuperé ideas eliminadas, amplí párrafos, profundicé en algunos diálogos, incluso le di más peso a uno de los personajes

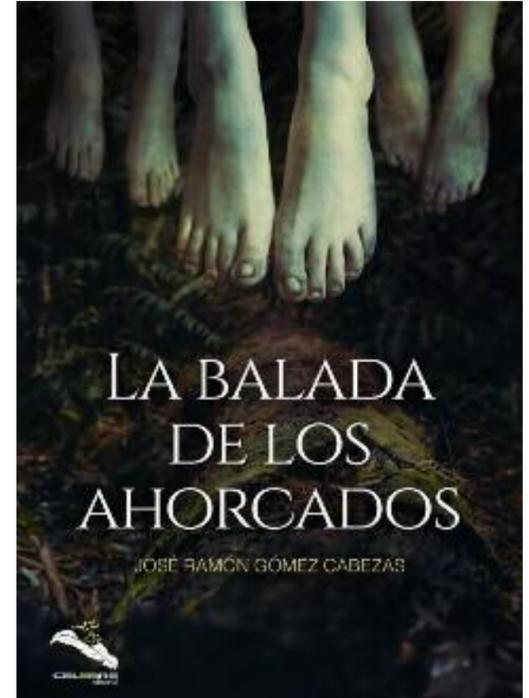
del previsto inicialmente. El primer día pensaba que no iba a llegar; al segundo me reconfortaba ver lo que llevaba avanzado; al tercero empezó a gustarme todo aquel tiempo apresurado de corrección; al cuarto no estaba convenido ni mucho menos de ganar el premio, pero sí de haber hecho un buen trabajo sin caer en las garras de la decepción ni del pánico.

Esta vez sí, lo aceptaron. Había estado a punto de pisar el campo minado que rodeaban los límites de la convocatoria, pero lo aceptaron y yo descansé sin escribir nada por lo menos otros cuatro días.

Diez días antes de la entrega, me llegó un correo del organizador, el mismo con el que había estado peleando a través del correo. Mi manuscrito *La balada de los ahorcados* era uno de los finalistas. También había otros autores, entre ellos **José María García**, con el que he coincidido como finalista hasta en cuatro ocasiones: incluso he compartido premio literario con él, *ex aequo* que se dice.

Pero este premio no lo gané, que me imagino es lo que os preguntareis. Saltó el estado de alarma y el festival y todo se hizo telemáticamente. No pude siquiera darle la mano al ganador ni charlar en persona con mi amigo José María.

Os sonará a frase hecha, de esas que nuestros correctores nos piden eliminar del texto a la primera de cambio, pero al estar de finalista me sentí ya ganador. Mi autoestima había recibido un



empujón, mi persistencia también. No había ganado, pero tenía tiempo, o eso creía yo, para seguir enriqueciendo el texto. Me puse a ello con calma y a la semana o así recibí otro *e-mail* del organizador de ese premio que no gané, pero del que fui finalista. Me pedían permiso para que leyera el manuscrito la misma editorial que publicaba el premio y al editor le gustó. Tres meses después, aquí estamos. No puedo decir mucho más, ni dar consejos de esos fáciles de escuchar y difíciles de aceptar. Simplemente tened fe y humildad en vuestro trabajo. Curráoslo y, también por si os sirve, ponedle una pizca de persistencia. Suerte.

Ayer, en el Patio CCAI...



...recordamos a Luis Sepúlveda con Beatriz Rato y Miguel Rojo...



...y a Clara Campoamor con Dulce Gallego y Marta Robles.

ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidenta: *Susana Quirós*
 Director de la SN: *Ángel de la Calle*
 Gerente: *Ceferino Menéndez Buelga*



Edición y diseño gráfico: *Ángel de la Calle*

Dirección: *Pablo Batalla Cueto*

Preimpresión: *Morilla Fotocomposición*

Redacción: *Jesús Palacios*
Luismi Piñera
Miguel Ángel Fernández

Colaboradores: *Michel Suárez*
José Ramón Gómez Cabezas

Fotografía: *Emilio Carrasco Hernández*

EL VIAJE INFINITO

Pocos amigos tan antiguos tiene este festival como **José Luis Muñoz**, uno de los autores presentes en la inolvidable primera Semana Negra, en el puerto de El Musel, allá por el ya lejano año 1988. Treinta y dos años de amistad, para más señas. El escritor salmantino, 37 años por entonces, bordea ya la setentena y cuenta ya con nada menos que cincuenta títulos a sus espaldas. Se acordaba ayer Muñoz de aquella primera SN y se recreaba en «la nostalgia de muchísimos colegas que ya no están con nosotros» y en los «recuerdos imborrables de aquellas primeras semanas negras que eran espectaculares», bien es cierto, apuntó con humor, que, «entre otras cosas, porque con treinta y tantos años, yo tenía mucha más marcha de la que tengo ahora».

El viaje infinito es —explicó su autor— «un libro muy especial»; no un título más entre esa mareante cincuenta de los firmados por Muñoz.



Hay, dijo, tres títulos concretos que concitan en él un cariño especial por ser «un poco más personales»; por haber sido escritos, explicó, «para cono-

cerme»: *Tu corazón*, *Idoia*, de 2011, «una reflexión sobre la vida», y *La manzana helada*, «un tributo a Nueva York en invierno» son dos de ellos; *El*

viaje infinito es el otro. Protagonizada por Roberto Luis Wilcox, hijo de un *bon vivant* de ascendencia británica que viajará por medio mundo y será escritor, aunque no de éxito, la novela presenta «la vida, los amores, los desamores, las frustraciones, las alegrías y los golpes del destino de ese personaje narrados desde todas las habitaciones de los hoteles que lo vieron pasar, desde modestas pensiones a hoteles de lujo, de París a Nueva York, de la India a Samoa». Y es un libro —explicó Muñoz— «de homenaje al viaje en sí». Muñoz, gran viajero, encuentra en tales viajes, desde siempre, una enorme inspiración. «De todos los viajes que hago vuelvo con una novela o una historia», dijo ayer. También es *El viaje infinito* «un homenaje a la literatura que me formó, que me gustó; la de la infancia, que fue determinante para animarme a escribir», expuso. Todos los viajes que hace Wilcox «son viajes relacionados con la literatura;

con lecturas de ese personaje que cuando era niño, leía novelas y soñaba con destinos lejanos».

A Muñoz lo presentó otro grande, Carlos Zanón, que alabó esta novela como «un compendio de estilos» que mezcla la literatura de viajes, la novela negra e incluso la erótica e incluye «un diálogo muy interesante del personaje sobre la imposibilidad de que la vida real sea la de los libros y al revés». Muñoz explicó asimismo que, a través de esta novela, también quiere transmitir «una reflexión sobre el papel del escritor en estos tiempos de literatura *light*, políticamente correcta»; y que es además «un canto a la insatisfacción» y al «crear una vida nueva constantemente» que tiene mucho de él mismo, también él una persona insatisfecha por más que «las obsesiones vayan cambiando a medida que uno va madurando».

Pardiez que es un honor que venga a Gijón a contárnoslas.

EN BUSCA DE CÍBOLA

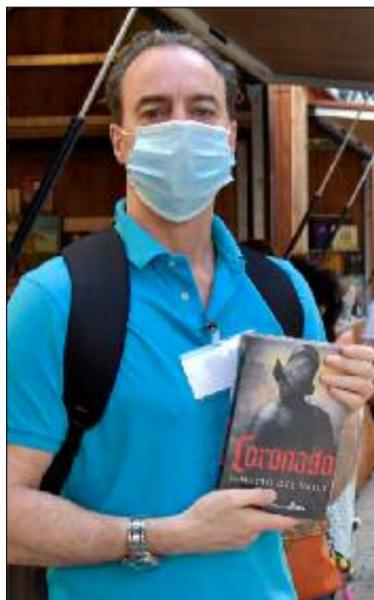
Conocíamos a **Ignacio del Valle** por su serie de suspense histórico protagonizado por Arturo Andrade y otras novelas que no se parecen a la que ha venido a presentar a esta Semana Negra: *Coronado*, un relato de la expedición liderada por el español Francisco Vázquez de Coronado que recorrió el suroeste del actual Estados Unidos a mediados del siglo XV, y descubrió para los ojos europeos el Cañón del Colorado. Es éste, así, un brusco viraje de registro que ha sorprendido, aunque Del Valle aseguró ayer que no es tal: «Ya con veinte años tengo cuentos que se titulan *Tenochtitlan* y que retratan el desembarco de *Cortés* en Veracruz».

Del Valle quería novelar, explicó, algún episodio poco conocido de la historia americana de España. «Consulté mucho la Biblioteca Nacional de Madrid y fui pidiendo crónicas de Indias: *Gómara*, *Fernández de Oviedo*, el *Inca Garcilaso*... Yo iba viejo personajes trillados, como *Cortés* o *Aguirre*, pero de repente llegué a *Bernal Díaz del Castillo*, el cronista de la entrada de *Cortés* en México, que es otro nivel; una gran novela de aventuras en la que en un momento dado me topé una referencia transversal a un tal *Coronado* que se había ido al norte, a las tie-

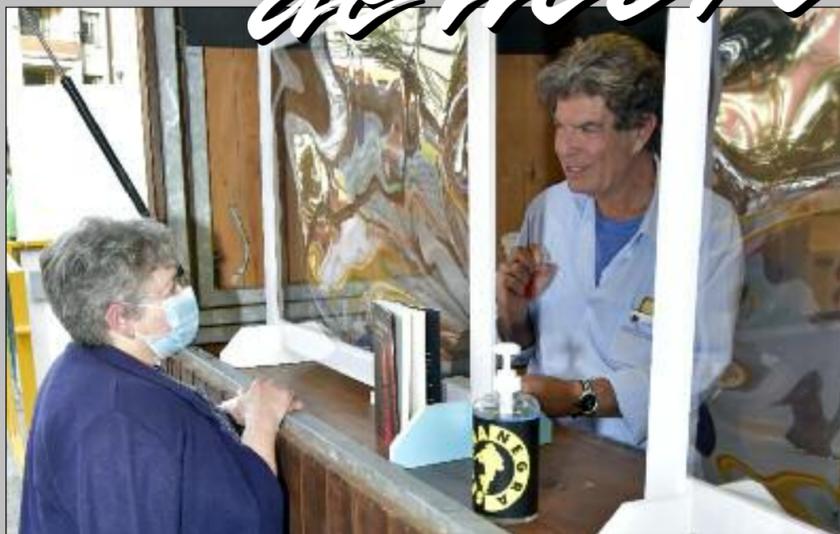
rras nuevas», explicó. Y entonces se zambulló de lleno en la gesta de aquellos hombres que recorrieron las actuales Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma y Kansas buscando la legendaria Cíbola, siete ciudades llenas de riquezas. La novela está contada en primera persona por fray Tomás de Urquiza, un fraile franciscano cuya mirada permite a Del Valle no sólo contar la expedición, sino todas las dimensiones del mundo del siglo XVI; y hacerlo con el aroma estilístico de las crónicas de Indias. El autor utilizó entre ochenta y cien libros para documentarse, desde las propias crónicas hasta cartas enviadas por los emigrados a América a sus allegados en España para convencerles de que cruzaran el Atlántico; epístolas —dijo Del Valle— «muy contemporáneas, muy emocionantes, en las que mienten continuamente, pero también reflejan imágenes de belleza, de humanidad; los ves desesperados por compañía, amigos, amadas...».

A Del Valle lo presentó **José Manuel Estébanez**, que alabó como «una cosa particularmente fascinante» de la novela su reflejo fiel de «la dimensión romántica de la Conquista; de cómo aquellos hombres iban buscando la riqueza pero también la gloria; no sólo beneficios materiales, sino también un elemento espiritual; y también cómo iban a conquistar pero fueron transformados también por las gentes que encontraron; por nuevas formas de comunicación, de percibir el mundo y el universo» en aquello que era no ya «un territorio inexplorado», sino casi «un planeta nuevo». A Ignacio del Valle le resultaba especialmente interesante cómo los conquistadores iban a América con la cabeza llena de un mundo de lecturas fantásticas y leyendas que los espoleaba: «Creen que va a haber dragones, Amazonas, tribus que duermen debajo del agua... El choque entre la realidad y lo que esperan encontrar es apasionante». Y el mundo americano, «una amalgama apasionante para un escritor», con «guerras contra todo tipo de tribus, diecisiete lenguas distintas, el momento de encontrarse con quinientos mil bisontes y lanzarse a cazarlos a lanza...».

Del Valle no quería «hacer una novela comercial al uso»; y en efecto es una novela singular ésta que ayer se presentó en el Patio CCAI. Alta literatura; de eso va este festival.



Sangre de liebre



«Una novela de engaños, en la que todos tienen intereses y dicen medias verdades»: así presentó ayer **José Manuel Estébanez** *Sangre de liebre*, la última novela de **Juan Bolea**, un año más en la Semana Negra y en esta ocasión con una nueva «peripecia» protagonizada por el detective aragonés **Florián Falomir** y su agencia Las Cuatro Efes. Falomir recibe aquí a **Lu Sangara**, un artista bohemio que acaba de casarse con la hija del millonario **Abdón Chaure** en contra de la opinión de éste. Durante una juerga con prostitutas, Lu ha perdido su reloj, regalo de boda de su mujer valorado en treinta mil euros; y Falomir, comprometido a recuperarlo, y que comienza por interrogar a **Denise**, la amiga con la que Lu ha pasado la noche, en el Salón Cosmos, acaba adentrando en una espiral de pasiones, «con la avaricia de la fortuna —reza la sinopsis del libro— y la moneda del sexo resonando en sus vacíos bolsillos como los ecos de los deseos de los demás personajes». La trama «bucea en la relación entre el amor, el poder, el dinero y sus devastadores efectos cuando la fórmula está descompensada en alguno de sus elementos». A Falomir, lo acompañarán en esta entrega un combativo socio, **Fermin Fortón**, y la secretaria de su agencia, la cubana **Benita Cortés**.

Bolea explicó ayer su voluntad de reflejar, a través de la poderosa familia de los Chaure, «el viejo patriarcado rural de tantas zonas de España», con sus personajes «extraordinariamente intensos», así como el singular entorno de Los Monegros, un desierto de «tierra caliza y yesos donde la luz cae a peso», convirtiéndolo en «un

territorio muy espiritual, muy desnudo, una especie de espejo de tierras donde las soledades son enormes, la población muy escasa y hay «fincas enormes y grandes cotos de caza». El autor presenta a una «familia dirigida con mano de hierro» por **Abdón Chaure**, el patriarca, que mantiene desde el primer momento una relación «de violencia extrema» con su yerno, a quien detesta. El título del libro hace referencia a la condición de cazadores de los protagonistas, y concretamente, a las liebres que se le cruzan por las noches al detective Falomir y que quedan hipnotizadas por las luces de su automóvil cuando atraviesa los caminos de la finca de Chaure. *Sangre de liebre* es —afirmó Bolea— una «novela psicológica» y también una novela clásica, con elementos dispares que acaban encajando como las piezas de un complejo rompecabezas.

No será ésta —prometió Bolea— la última peripecia de **Florián Falomir**, quien «va a tener una larga vida» porque ha gustado a los lectores y porque —explicó el autor— «es un personaje muy vivo, muy real para mí» en comparación con su otra detective fetiche, **Martina de Santo**, un personaje mucho más «irreal» que resuelve «casos extraordinarios» con gran inteligencia, al modo de un **Sherlock Holmes**. «Falomir, no; Falomir coge el primer caso que le entra por la puerta, porque es real; y ese caso no tiene por qué tener brillantez ninguna, aunque pueda dársela la complejidad psicológica que podamos hallar a lo largo del libro».

Conoceremos, sin duda, esos nuevos casos de **Florián Falomir** en la Semana Negra.

1914-1918: sobre héroes y tumbas

La cobardía como virtud

MICHEL SUÁREZ

¿Soldados de infantería?
¿Servidores de la patria?
Obreros de la muerte

Karl Tucholsky: *Ante Verdún*.

I

En el verano de 1914, pocos se atrevieron a alzar la voz para denunciar que la guerra que se avecinaba se convertiría en un soplo diabólico que barrería los campos y las ciudades de Europa. El entusiasmo popular fue estimulado desde todas las atalayas y nadie quiso mantenerse al margen. Los docentes vociferaban: «¡Estudiantes! ¡Las musas están en silencio! La única salida es la batalla»; y mientras los escritores aseguraban que la guerra era «un placer estético incomparable», los jóvenes se entregaron a ella como si fuesen unas «vacaciones de la vida». «Poesía, arte, filosofía y cultura, eso es la batalla», la gran batalla que alumbraría una nueva *era del espíritu*.

Aquel 28 de julio de 1914 parecía imposible resistirse a los encantos del patriotismo y el militarismo alcanzó cotas delirantes. Sabemos por Karl Kraus que las autoridades de Praga se vieron obligadas a limitar las manifestaciones de júbilo popular que se sucedían a diario en las calles. Desde el periodismo se atizó con saña la pasión nacionalista. La reportera Schalek fue una de las primeras en presentar la importancia de la propaganda para doblegar a los indecisos y aniquilar el sentido crítico: «En la época de la publicidad americana, cada país debe convertirse en su propio cronista; si no, se queda sin inmortalidad». La guerra, continuaba la periodista, constituía un expurgo idóneo para regenerar a una civilización sumergida en la flaccidez espiritual y física: «En la ciudad sólo había hombres insignificantes, mezquinos, egoístas, tristemente incoloros. Aquí (en el frente) cada uno de ellos parece incluso físicamente mayor que en casa», un «fenómeno inolvidable».

Un compañero de Schalek, el corresponsal de guerra Alexander Roda Roda, concluía así una de sus primeras crónicas: «Al oficial le va bien, puede ir a frente. Nosotros debemos esperar». La demora para contemplar *in situ* el escenario donde se desplegaba aquella gigantesca catarsis se volvió sofocante: «Desde finales de julio, los corresponsales de guerra designados esperábamos: ¿cuándo podríamos ir por fin a la frontera? Una declaración de guerra seguía a otra, un regimiento se sumaba a otro para combatir al enemigo. ¿Y nosotros? Nosotros debemos esperar». La guerra, sostenía Roda, convertía a «un pueblo de indiferentes en seres intensos».

La guerra era regeneración y saneamiento, pero también *cornucopia*, como pensaba el consejero ministerial austriaco Richard Schaukal, y más en una época que había hecho de ella una industria tremendamente lucrativa: el *war*, en inglés, pasó a ser *ware* («mercancía», en alemán). Pero, sobre todo, la guerra era purificación colectiva: «¡Guerra! Fue purificación, fue liberación lo que sentimos, y una gran esperanza. De eso hablaron los poetas, sólo de eso» (Thomas Mann). En efecto, poetas como Richard Schaukal sólo hablaron de eso en obras con títulos tan sugerentes como *Sonetos de hierro* o *Cantos de guerra*. Uno de esos poemas comenzaba con esta exhortación: «¡Arrodiense!», así habló al serbio; «¡Las rodillas en el suelo y la frente en el polvo!».

Pero no fueron únicamente los poetas: Hugo von Hoffmannsthal abandonó por un momento su certeza de que el lenguaje era impotente para aprehender el mundo y puso su pluma al servicio

de la patria: «Un acontecimiento de dimensiones gigantescas como esta guerra sólo puede ser la conclusión de toda una época [...] Nunca se manifestó la belleza de Austria de forma más inmensa que en agosto de 1914 y nunca fue esta belleza acogida de forma más fuerte y pura por millones de corazones. No era paisaje junto a paisaje, no era valle que pasaba a otro valle, era una totalidad viva: la patria».

También el clero echó el resto para que los remordimientos no hiciesen mella entre los fieles llamados a filas. Kurt Tucholsky escribió que la Iglesia católica no se contentó con «poner a los combatientes dentro de las trincheras» ni con «bendecir las máquinas concebidas para matar». Prometió, además, cura para «las heridas causadas por la carnicería» si demostraban una entrega total en los campos de la muerte. A. F. Winnington, el obispo de Londres, lo vio claro desde el principio: «¡Maten a los alemanes! ¡Mátalos a todos! [...] no simplemente por matar, sino para salvar el mundo [...] maten a los buenos y a los malos [...] maten a los jóvenes y a los viejos [...] maten a los que fueron bondadosos y a los heridos [...] Como ya dije mil veces, considero esta guerra una guerra por la pureza, considero a cuantos mueren en ella mártires».

Con estas manos ganadoras, ninguno de los contendientes corría el riesgo de salir derrotado: si vencían, regresarían a casa como héroes, como

salvadores de una patria que los había convocado para la gloria; en caso contrario, volverían envueltos en una bandera y disfrutarían, *post mortem*, del reconocimiento de sus compatriotas. Seducidos por el anuncio de un tiempo de sensaciones intensas, muchos jóvenes de las clases medias y altas se entregaron sin pensárselo dos veces a una «veneración barroca» de la muerte, el más poderoso estímulo contra el tedio. En un mundo aburrido y sin sentido la muerte «se alzaba como una incógnita rellena de poder».

En Alemania, los catedráticos proclamaron en una declaración conjunta que el ejército luchaba por «la libertad en Alemania y, en consecuencia, por los bienes de la paz y la civilización, no sólo en Alemania. Creemos que la salvación de la cultura europea depende de la victoria que conseguirá el *militarismo* alemán». En el prefacio a un libro sobre cine, Hermann Hafer escribió: «Quiera (la guerra) purificar nuestra vida pública así como el trueno limpia la atmósfera. Que nos permita volver a vivir y darnos ansias de arriesgar la vida en acciones como las que ordena esta hora. La paz se volvió insostenible». Nada menos que «volver a vivir» y un destino trágico era lo que se alzaba frente a una juventud desesperada por salir del marasmo de una vida estacionaria. Nunca como entonces fue más cierto que quien puede matar confiere seriedad a cualquier farsa (Valéry).

«El cataclismo llegó, estamos entre las ruinas», lamentaba un personaje de D. H. Lawrence, pero en el fragor de la batalla su advertencia cayó en saco roto. El militarismo se convirtió en una vía de escape de la *civilización de la máquina*; un bálsamo con el que aliviar la angustiosa sensación de ir a la deriva. Prometía «la felicidad de ser transportado por la alegría del combate» y llamaba a alcanzar «lo imposible» (René Quinton), pues lo imposible era «el único adversario digno del hombre» (André Chérid).

A principios de 1915, Werner Sombart definió la guerra como una disputa entre dos cosmovisiones diferentes: la de los *comerciantes* y la de los *héroes*. Según este esquema, asoció a los británicos con los *comerciantes*, aquellos que se pasaban la vida preguntándose: «¿Qué puede darme?»; mientras, para los alemanes, quintaesencia del *héroe*, la única pregunta pertinente era: «¿Qué puedo ofrecer?». ¿Acaso no era esta una diferenciación acertada cuando hasta el mismo Káiser se refería a los ingleses como «esa ordinaria pandilla de tenderos [que] ha tratado de engañarnos con comidas y discursos»?

El héroe deseaba «ofrecer cosas, consumirse él mismo, hacer sacrificios» sin pedir nada a cambio. Mientras contemplaba el deber como la más alta responsabilidad, el comerciante hablaba únicamente de *derechos*. «Sacrificio, fidelidad, apertura, respeto, valor, religiosidad, voluntad de obedecer, caridad»; esas eran las virtudes del guerrero, «que sólo se desarrollan plenamente en y a través de la guerra», declaraba Sombart, rematando su apología de la vida guerrera como vía de progreso y purificación de un pueblo. El suyo, naturalmente.

II

Muchos vieron en el desencadenamiento de la guerra la ocasión propicia para que el grito viril del *Übermensch* nietzscheano aniquilase de una vez por todas el humanismo y el pacifismo en los que anclaban la anomia social. Jünger lo describió como nadie en *Tempestades de acero*: «Credidos en una era de seguridad, sentimos todos un deseo de cosas insólitas, peligro grande. Y entonces la guerra nos arrebató como una borrachera. Habíamos partido al frente bajo una lluvia de flores, en una embriagadora atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que nos habría de aportar aquello, las cosas fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre desafío de tiro celebrado sobre floridos campos en los que la sangre era el rocío».

Sin embargo, para otros, como Johann Huizinga, ese entusiasmo por lo heroico que Jünger atemperaría con el tiempo era el síntoma más visible del oscurecimiento de la facultad crítica, arrollada por los «estímulos de la voluntad» y la «obnubilación de las ideas». Para el holandés, la misma tecnología moderna que había facilitado el ensanchamiento de la zona de bienestar material también fue decisiva en el estímulo de la necesidad de «exponerse sin vacilaciones a intensos peligros». Hasta entonces, el espíritu innovador y las hazañas de la aviación habían sido inseparables de la popularización del ideal heroico. Pero ese sentido trágico del héroe solitario enfrentado a los elementos sin más ayuda que su prótesis mecánica escondía una paradoja que pasó desapercibida en aquel clima de exaltación militar: en el drama de un mundo administrado por la burocracia, ningún papel estelar le estaba ya reservado al héroe en la batalla.

Para el sargento César Méléra, el nuevo formato industrial de la guerra traducía «la bancarrota del arte de la guerra». Poco antes de morir



Valor y cobardía, de Jack Liang Wang.

en combate, el historiador del arte **Marc Boas** constató que la fábrica estaba «matando el arte». No se equivocaban; las reglas habían cambiado. Un teórico de la guerra aérea, el general de la Armada italiana **Deuheit**, declaró en 1918 que le parecía perfectamente «admisibles, e incluso recomendable, atacar ciudades habitadas con bombas de gas», no porque sintiese «un placer sádico con el asesinato de masas», sino porque «este tipo de ataque, gracias a sus efectos materiales y morales», resultaba «decisivo para la victoria».

El desarrollo industrial, especialmente el alemán, posibilitó el uso bélico de componentes altamente tóxicos. El cloro, que afectaba al revestimiento de los bronquios y los pulmones, provocando una muerte agónica por obturación de la tráquea con fluido, fue el elemento más codiciado por los Estados mayores. Bloqueados los mercados naturales de colorantes por la guerra, la posibilidad de verter cloro sobre el enemigo era una solución ideal, tanto desde el punto de vista económico como desde el militar, e incluso moral, pues como apuntó Deuheit, aceleraría el fin de la matanza. Años después, el gobierno estadounidense se valdría del mismo argumento (in)moral para justificar Hiroshima.

Quienes habían participado en anteriores conflictos armados se equivocaron redondamente sobre la naturaleza heroica de la Gran Guerra. Al inicio de las hostilidades, el coronel del Décimo Ejército francés **Louis Ernest de Maud'huy** pudo aún afirmar que algunos hombres saludaban correctamente, pero eran escasos los que «saludaban estupidamente». Sin duda, un espíritu como Ernst Jünger, singular reedición del hombre de armas y letras medieval, compartía una apreciación tan apegada a un sentimiento aristocrático de la guerra. Pero con el paso de los acontecimientos, ninguno de los dos salió indemne de aquella horrible carnicería ajena a los códigos cortesanos de la violencia. Contrariando sus principios de caballero, Maud'huy se volvió especialista en una actividad tan poco deportiva como los ataques nocturnos, mientras Jünger comprendió que el tiempo de los héroes, barridos por la pujanza de la guerra de material, había llegado a su fin.

III

En el verano de 1914 todos estaban convencidos de que pasarían las Navidades en familia, pero esa ilusión se disipó pronto. La criminal y estúpida crueldad de los Estados Mayores causó auténticos estragos entre los contendientes; atrapados entre la espada y la pared, los soldados caían como moscas: si avanzaban eran tiroteados, si retrocedían les esperaba un tribunal militar y el fusilamiento por desertión. Para la Navidad de 1914, y aunque nadie se movió de su trinchera, el arrebato inicial ya se había enfriado. Los frentes estabilizados, los ataques suicidas, el lodo, los gases y las ratas tenían poco que ver con la guerra que se habían imaginado quienes entonaban cantos patrióticos durante la movilización.

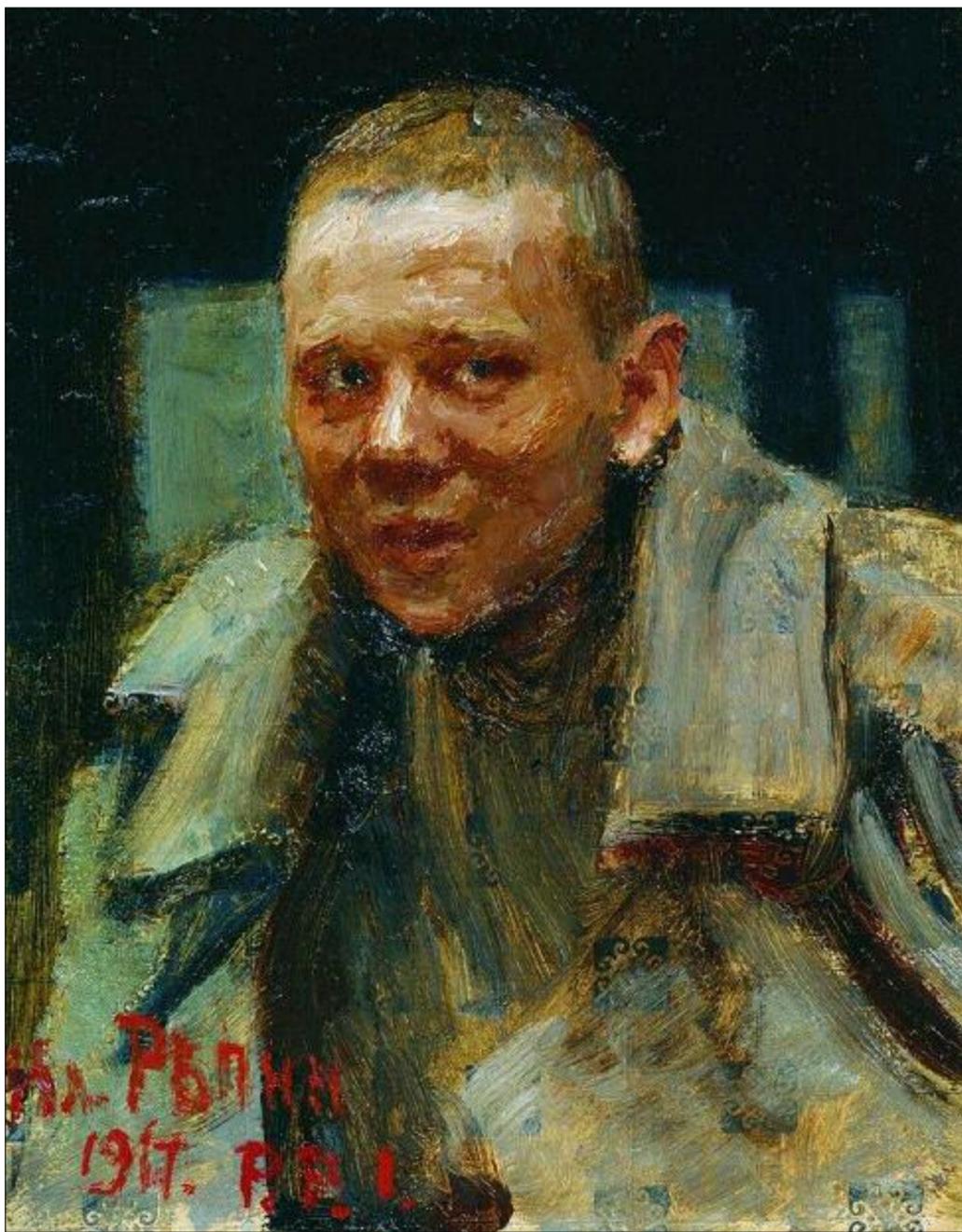
De repente, la demagogia nacionalista quedó al desnudo cuando los enemigos en el campo de batalla se encontraron cara a cara. Los escoceses, en lugar de matar a los alemanes como exigía el obispo de Londres, se pusieron a jugar al fútbol con ellos. No tuvieron suerte: ganaron los alemanes por tres a dos. Tras una invitación recibida desde la trinchera alemana, masas de soldados desarmados salieron a campo abierto y se intercambiaron regalos. «No queremos mataros, y vosotros no queréis matarnos. Entonces, ¿por qué disparar?», se preguntaban.

La furia irracional dio paso a la confraternización. En cierta ocasión, el soldado **Moodie** se dirigió desde su trinchera a los alemanes para que saliesen a recoger a su heridos: «Al comienzo parecían muy desconfiados y sólo mostraban sus cascos, pero les prometimos no disparar y un hombre con la Cruz de Hierro se adelantó audazmente hacia nuestra formación y asistió a un herido. Lo siguió otro y ambos se lo llevaron en

medio de nuestro aplauso. Antes de marcharse, el primer hombre saludó diciendo: "Gracias, caballeros, a todos y cada uno. Les estoy muy agradecido. Adiós". El incidente me conmovió por completo por un tiempo; entonces tuve el deseo de que volviéramos a ser todos amigos».

Las muestras de fraternidad y la confraternización con el enemigo hicieron reaccionar a los altos mandos, que dieron orden de abrir fuego de inmediato. Demasiado tarde; la vida civil no tenía sentido, pero aquella matanza era aún peor.

El ansia de sentido vital continuó insatisfecho para quienes pretendieron hallarlo en la batalla. **Robert Musil** percibió el paulatino desencanto con el heroísmo como fuente de catarsis: «la actividad heroica acabó por parecer absolutamente irrisoria, un grano de arena depositado sobre una montaña con la ilusión de lo extraordinario». Cuando el fulgor de lo extraordinario se apagó, emergió la cruda realidad: «Lo que en principio fueron oleadas de voluntarios, reconocía, abatido, el poeta **Siegfried Sassoon**, terminó siendo multitudes de víctimas».



El desertor, de Iliá Repin.

Las cifras de esas multitudes son turbadoras: entre 15 y 20 millones de seres humanos perdieron la vida y 23 millones resultaron de heridos, muchos de gravedad. En el origen de todo, la mano ejecutora de **Gavrilo Princip**, un nacionalista autoimbuído de una misión trascendente: asesinar al archiduque **Francisco Fernando** para «vengar la nación» serbia mancillada desde que los otomanos la sometiesen en el Campo de los Mirlos, Kosovo, en 1389. En 1989, preámbulo de una espantosa matanza, otro serbio, **Slobodan Milošević**?, invocó la misma fecha ante sus compatriotas.

La frustración y la amargura resultantes de aquel conflicto salvaje fueron mucho más allá de las habituales en las guerras precedentes. Los avances tecnológicos, que habían reconfigurado todos los órdenes de la vida, estiraron igualmen-

te los marcos morales para dar cabida al asesinato legal patrocinado por el Estado y a nuevas formas de violencia por control remoto que, al ocultar las víctimas, bloqueaban el escrúpulo y la conmiseración.

Poco años antes del comienzo de la segunda guerra mundial, en agosto de 1936, **Stefan Zweig** pronunció una conferencia en el barrio carioca de Lapa, en la que resumió las grandes lecciones de la Gran Guerra: no confiar en las proclamas nacionalistas y «no esperar demasiado de la tecnología para el progreso moral de la humanidad. No confiamos más en ella después de que se haya burlado de nosotros, después de ver cómo se ponía, sumisa y obediente, al servicio de la destrucción».

Contemplando en perspectiva el siglo XX y lo que llevamos de XXI, es fácil ver que Zweig estaba cargado de razón; sólo quien dio un paso hacia sí mismo puede saber que «nada en el mundo es más difícil y problemático que conservar inmaculada la independencia intelectual y moral en medio de la catástrofe de masas».

explotadores, camaradas de destino en lo universal, solventará por sí sólo los grandes males que padecemos. También los que se mataban por nada en Verdún o Ypres, ventrílocuos de poderes inconfesables, creían que su inútil sacrificio les llevaría a conquistar algún tipo de gloria difusa.

Esto demuestra, es triste recordarlo, el gran error de **Cicerón** al hacer de la historia *maestra de vida*. Si la historia fuese guía confiable, ya hubiésemos aprendido que dejarse arrastrar por las banderas y las proclamas nacionalistas, del signo que sean, es un acto de cobardía intelectual y sumisión política. El militarismo, corolario natural del patriotismo, sólo añade poder de destrucción a la servidumbre. Quien acuartela el cuerpo acaba por acuartelar el alma.

Esto no quiere decir que esté todo perdido; aún podemos extraer de la Historia alguna verdad eterna: por ejemplo, que no hay nada más valiente que la cobardía. Si el patriotismo es la virtud de los depravados (**Oscar Wilde**), creo que la única salida al atolladero actual es educar a nuestros hijos en la audaz y lúcida cobardía que **James Garner** defendía en *La americanización de Emily* (**Arthur Hiller**, 1964):

«Descubrí que era un cobarde, y esa es mi nueva religión, soy un creyente convencido. La cobardía salvará al mundo. Lo que es una locura no es la guerra, sino la moralidad; no es la avaricia y la ambición lo que hacen las guerras, es la bondad. Las guerras se inician por buenas razones, para la liberación y el manifiesto destino, siempre contra la tiranía y en interés de la humanidad. En esta guerra ya hemos acabado con unos diez millones de seres humanos en interés de la humanidad. En la próxima guerra se destruirá a todos los hombres para poder preservar su dignidad. No es la guerra lo que resulta antinatural, es la virtud; mientras tengamos el valor de la virtud, habrá soldados, por lo tanto, predico la cobardía: es la única forma de salvarnos todos».

En 1915, durante una visita al frente, **Colette** encontró escrito en la pizarra de una pequeña escuela rural: «Morir por la patria. Es el destino más hermoso y el más digno de envidia». En esta hora de ruido y patriotas que se desgañitan, habría que ir pensando en borrar de todas nuestras pizarras las exhortaciones nacionalistas y predicar la religión de la cobardía. *Extra ecclesiam nulla salus*: fuera de la Iglesia, de la Iglesia de la Cobardía, no hay salvación.

BIBLIOGRAFÍA

- Hugo Ball: *La huida del tiempo*, Barcelona: Acontilado, 2005.
- Modris Eksteins: *La consagración de la primavera: la Gran Guerra y el nacimiento de los tiempos modernos*, Valencia: Pre-textos, 2014.
- Jonathan Glover: *Humanidad e inhumanidad: una historia moral del siglo XX*, Madrid: Cátedra, 2001.
- J. Huizinga: *Entre las sombras del mañana: diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo*, Madrid: Revista de Occidente, 1936.
- W. M. Johnston: *El genio austrohúngaro: historia social e intelectual (1848-1938)*, Oviedo: KRK, 2009.
- Ernst Jünger: *Tempestades de acero: el bosquecillo 125. El estallido de la guerra de 1914*, Barcelona: Tusquets, 2005.
- Victor Klemperer: *LTI, la langue du III Reich: carnets d'un Philologue*, París: Albin Michel, 1996.
- Adam Kovacsics: *Guerra y lenguaje*, Barcelona: Acontilado, 2008.
- Sigfried Kraeuer: *De Caligari a Hitler: una historia psicológica del cine alemán*, Barcelona: Paidós, 2002.
- Marta Llorente: *La ciudad: huellas en el espacio habitado*, Barcelona: Acontilado, 2015.
- Robert Musil: *L'homme sans qualités*, vol. 1, París: Seuil, 1958.
- R. Netz: *Alambre de púas: una ecología de la modernidad*, Madrid: Eudeba-Clave Intelectual, 2015.
- Fritz K. Ringer: *El ocaso de los mandarines alemanes: catedráticos, profesores y la comunidad académica alemana, 1890-1933*, Barcelona: Pomares-Corredor, 1995.
- Kurt Tucholsky: *Bonsoir, revolution allemande!*, Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble, 1981.
- Sheldon Wolin: *Política y perspectiva: continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- Stefan Zweig: *O mundo unsone*, Río de Janeiro: Jorge Zahar, 2013.
- Stefan Zweig: *A monotonação do mundo*, Río de Janeiro: Jorge Zahar, 2013.

IV

Aunque con otros ropajes, la actual ausencia de sentido vital y de proyecto colectivo se asemeja a la que experimentaron los millones de sonámbulos que saludaron con vítores el estallido de la Gran Guerra en 1914. En esta civilización herida de muerte, el patriotismo ha vuelto a cobrar fuerza como solución, fácil y explosiva, para garantizar el orden. Enfrentados a la agudización de una crisis sistémica, por la pendiente del nacionalismo no han dudado en lanzarse tanto los poderosos como los de abajo, agrupados en torno a los fundamentos eternos de la patria y dispuestos a batirse el cobre por ella contra sus enemigos, siempre acechantes. En su simpleza, los de abajo parecen convencidos de que avivar la llama del chauvinismo y hacer coro junto a sus

espacio

A QUEMARROPA

Por Jesús Palacios

(con la inestimable colaboración de Raquel Suárez)

¡Quién lo iba a decir! ¡Cuán cambiante es el ánimo humano! Hace un año nos quejábamos, aunque fuera para los adentros, de las inclemencias de atender nuestros deberes negroperiodísticos en una carpa donde a menudo polvo, viento, arena, lluvia o mareas de gente, calor pegajoso y atorrante o repentino frescor acongojante dificultaban la labor de escuchar y transcribir, y hoy añoramos tales banales molestias, vanidad de vanidades, ante el extraño sesgo distópico que ha transformado la tienda de campaña en salón de actos y el aforo ilimitado en tablero de ajedrez mal combinado, disfrazando a los asistentes y hasta a los presentadores e invitados en cirujanos sin bisturí, salteadores de caminos despistados o, en definitiva, hombres y mujeres enmascarados, de mirada a veces sorprendida, como preguntándose si esta realidad es la nuestra de verdad o una broma cósmica con poca gracia y mucha inquina. Pues no. Nos rebelamos ante las inclemencias de un clima apocalíptico, y gracias a un programa tan variado como atrevido, tan singular como cambiante y combativo, el Espacio AQ abre un agujero (o varios) en la Nueva Normalidad, para proponer vencer el pesimismo y la pereza con las armas virulentas capaces de combatir y superar al peor virus de todos: el miedo.

Para apagar el silencio, nada mejor a las seis y diez minutos, ni uno más ni uno menos, que atronar nuestras orejas bien abiertas hasta el orto (como las de Joe) con la guitarra psicodélica de **Jimi Hendrix**, gracias a un maestro de ceremonias, **Silver BG**, que convirtió por un instante el Espacio AQ, sito este año en el severo Salón de Actos del AI, en emisora pirata *rockera* de otrora, con motivo de la presentación de la novela cinéfila, mitómana y para todos los públicos *A través del espejo* (Universo de Letras), de **Diego Anatol Sánchez**, homenaje juvenil al cine fantástico *spielbergiano* de los años ochenta, los autos locos de **Elvis Presley**, los *guitar heroes* de antaño, amén de a los *kingniños* de

Cuenta conmigo o de *Los Goonies* (he visto las mejores mentes de mi generación destruidas por los Goonies...), secuestrados ahora por *Stranger things* para unos nuevos espectadores que sueñan con ser, por suerte sin conseguirlo, sus hermanos mayores. Guitarras eléctricas que abren puertas interdimensionales, guiños al decano de los bares *rocanroleros* de Gijón, el siempre venerado y venerable Savoy en cualquiera de sus encarnaciones, y posibles secuelas (físicas y mentales) para un viaje a través del espejo con poco de **Carroll** y mucho de *Regreso al futuro*. Literatura con banda sonora: más de cien canciones en una lista de Spotify —esa cosa que en los años ochenta ni existía, ni maldita la falta que nos hacía— acompañan la edición, un poco a la manera de aquel *El traje del muerto* de **Joe Hill** con CD de regalo. ¿Llegará un día en el que los viejos CDs se conviertan en *hípericos* objetos de culto como los cochambrosos vinilos de antaño? ¿Será necesario para vender una novela e incluso para leerla que venga con música, con cromos, con imágenes 3D y nos lleve al cine de la mano? ¿Es el futuro de la literatura convertirse en *ingeniería literaria*? ¿Es el futuro de la literatura parecerse al cine del pasado?

El antídoto perfecto que equilibra la balanza llegó a renglón seguido, y paradójicamente en digital y diferido, de la mano de **Ángel de la Calle** en conversación grabada en el exilio forzoso, viral y virtual, con el gran **Juan Sasturain**, veterano de las más negras letras argentinas y autor de *El último Hammett* (Alfaguara), justamente ganadora el pasado año del premio del mismo nombre que otorga la Semana Negra desde la no menos negra noche de los tiempos. Un placer escuchar a Sasturain confesar algo raro en estos días: que el escritor debe ser ante todo y sobre todo lector. Que sólo es de raza quien escribe por haber leído y leído mucho, con fruición y hasta con vicio y sevicia, pues sólo quien la ambición de parecerse a sus maestros acaricia puede atreverse a poner a

ra. A renglón seguido la magia de internet volvió a manifestarse —qué remedio— para dar paso a un fascinante diálogo entre la historiadora chilena **Esperanza Rock** y su colega ovetense **Irene Díaz** alrededor de la historia y leyenda del pueblo de Lota, una de las cunas no sólo de la industria minera de Chile sino de su conciencia de clase obrera, que a día de hoy, lejanos ya los tiempos de luchas, huelgas y tragedias, sigue viva en los hijos y nietos de quienes arriesgaran sus vidas dentro y fuera de las entrañas de la tierra, consiguiendo mejoras sustanciales para los hombres y mujeres trabajadores de su país. Una épica obrera que, como señaló Irene Díaz, parece estar perdiéndose en las antaño mineras Cuencas asturianas, donde el recuerdo de su lucha política y humana se diluye en injusto olvido, quedando enterrado junto con los huesos de quienes perdieran allí sus vidas.

llo técnico —cosas de la realidad virtual, a veces más virtual que real— nos impidió disfrutar de sus dibujos en pantalla, ni Velasco ni su siempre ingenioso glosador dieron descanso al asistente, pasando revista y poniendo firme al virus, para demostrar que si de él no salimos ni mejores ni peores, por lo menos, salimos. O eso parece.

Tras la imaginación estilizada del dibujo llegó la realidad captada con estilo —y qué estilo!— del proyecto *Covid Photo Diaries*, con el que ocho fotoperiodistas españoles de tronio abordaron el día a día de la enfermedad en diversas ciudades y regiones del país, publicando en Instagram sus fotos capturadas en plena fiebre contagiosa, arriesgando a veces su propia salud y capeando temporales tanto naturales como artificiales e incluso institucionales, para crear un auténtico testimonio histórico que es ya y será



Rubén Vega.

prueba su gracia y verbo, para verbi-gracia conseguir así algo digno de llamarse *literatura*. Siguiendo el ejemplo de **Robert B. Parker** cuando concluyó la obra inacabada de **Chandler**, pero siguiendo también el de sus ilustres compatriotas **Ricardo Piglia**, **Oswaldo Soriano** o el mismo **Borges**, el argentino se atreve a mimetizarse con **Hammett** (*¿hammetizarse?*) porque lo ha leído, disfrutado y amado tanto como para saberse poseído por su espíritu postrero, recreando como nadie la atmósfera de sus últimos sórdidos años. Sometido al tercer o cuarto grado por **Norman Fernández**, Sasturain, barba y pelo niveles de sabio oriental —del Buenos Aires oriental, por lo menos— confiesa haberse entregado también en brazos del tebeo, literatura dibujada tan argentina como la que más, para después, recuperado el sesgo literario de la charla, demostrarnos que será lector profesional, ávido y avezado hasta el final. Tres nombres, tres, tan diferentes, contrastados y distintos entre sí, como distantes pero literariamente distinguidos, nos sirve en bandeja el sabio: **Thomas Merton**, el trapense americano de católico budismo; **Bertolt Brecht**, el comunista emigrado de ingenio epigramático afilado, y **André Gide**, el esteta y amante immoralista a quien el Nobel llegó poco antes de morir... y cuyas obras fueran anatimizadas por el Vaticano. Gloria y honor a Sasturain, escritor y mejor lector.

De las alturas del Olimpo literario bajamos a las entrañas de la tierra, tierra chilena y universal, hermanada con la de Asturias por su tradición minera, obrera y militante. La SN en colaboración con el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y no sé cuántas cosas más de la Universidad de Oviedo, contando con la presencia física y real del profesor e historiador **Rubén Vega García**, presentó el proyecto de investigación y memoria histórica *Manos obreras del primer pueblo minero del Sur de Chile: Lota y su tradición obre-*

Y de las luchas de antaño a las de hogaño. **Alejandro Zapico** y **Julio Rodríguez**, inquietos fotógrafo y poeta, activaron para finalizar la primera jornada A Quemarropa su nuevo artefacto revolucionario: *DiverSOS*, un espacio de comunicación, solidaridad y activismo que traerá al ídem AQ durante los tres primeros días de la SN actividades subversivas destinadas a despertar nuestras conciencias y no dejar que los virus del hastío, la resignación y el derrotismo nos invadan. Mirando al COVID-19 de frente, plantándole cara a la amenaza de Andrómeda, Julio Rodríguez introdujo primero al artista **Toño Velasco** y su libro ilustrado *Sinfinados*, colección de ilustraciones inspiradas y expiradas por el periodo de emergencia y confinamiento recién superado, creado gracias a las virtudes del *crowdfunding* (por mucho que este pueda ser arma de doble filo), con el que nuestro ilustrador forzosamente en paro quiso poner freno al desespero y dejar constancia de que hasta la enfermedad puede y debe ser motor del arte y el artista. Pese a que un fa-

mañana retrato de un momento único y documento inestimable. Alejandro Zapico dejó la mesa en manos de **Manu Brabo**, Premio Pulitzer de Fotografía en 2013, bien acompañado por **Anna Surinyach**, **Isabel Permuy** y **José Colón** (los otros cuatro colaboradores ausentes, si bien presentes con sus obras, que esta vez sí se pudieron ver en pantalla, son **Olmo Calvo**, **Javier Fergo**, **Susana Girón** y **Judith Prat**), quien se quitó la máscara literal, metafórica y voluntariamente, para ponernos frente al hecho de cómo el COVID-19 ha dejado sin trabajo a los profesionales independientes de la fotografía, pero también les ha obligado a reinventarse, a motivarse y proponerse crear un retrato poliédrico de los días del virus, que será referencia histórica obligada en el futuro. Y una advertencia clara: que el virus no acabe con la cultura, ni con quienes la generan y sustentan, sea con la palabra escrita, la imagen dibujada o la fotografía, pues de momento es el único antídoto contra el COVID-19 que, de verdad, funciona. Y funciona, por supuesto, a quemarropa.



Presentación de *A través del espejo*.



Presentación de *diverSOS*.

AVENTURAS DE JESS W. EARP EN EL SALVAJE OESTE DE ASTURIAS

Segunda entrega. *Have a Gun... Will Travel*

Cuando la destartada diligencia me dejó por fin a la entrada de SN, después de uno de los viajes más largos y agotadores que recuerdo (me sigue resultando extraño no poder distinguir al conductor y a los viajeros de los salteadores de caminos), la noche casi había caído sobre la pequeña ciudad. Los feriantes del papel impreso, esa reliquia de los viejos tiempos, habían cerrado sus chiringuitos y apenas tuve tiempo de agenciarme algo de lectura para el insomnio. Tengo por principio viajar sólo con lo básico: un revólver. Si puedo añadir un par de mudas completas y una carabina de repetición, me doy por satisfecho. Por suerte, todavía pude conseguir un ejemplar de mi género favorito: los libros de viajes. Ser pistola de alquiler es muy parecido a ser un viajero perpetuo, un turista que en lugar de llevarse tontos recuerdos del sitio visitado deja en él su propio recuerdo imborrable: la muerte de algún canalla que, sin duda, se lo merecía, pero que también sin duda tenía madre, hijos, esposa, amigos o, al menos, alguien que le quería. Hasta el peor de los bastardos puede hacer amigos en el Oeste. Claro que ese no es mi problema. Mi problema es el insomnio. Y lo alivio con la lectura, habitualmente de libros de viajes y aventuras. Los mejores. Quizá algún día haga como el viejo sinvergüenza de Bill Cody y deje a un plumilla del Este, que la única piel roja que ha visto es la de su

nariz cuando toma demasiado el sol, cuente mi vida o, mejor dicho, se la invente. Ya saben: entre la realidad y la leyenda...

El caso es que afortunadamente *El turista perplejo* (Pez de plata), de **Ernesto Colsa**, francotirador cultural ovetense que en los lejanos noventa formó una banda de desaprensivos *desperados*, conocida como Equipo de Acción Sonora, con la que asaltó brutalmente a jugadores y borrachos desprevenidos en salones y tugurios de la Frontera, con sonidos musicales que hasta un apache habría dudado en utilizar para torturar a sus prisioneros, es uno de esos libros de viaje que hacen que te desternilles al tiempo que reflexionas (instruir deleitando, que se decía antes), disfrutando de una prosa escrita en un castellano inusualmente apropiado, al que no le faltan bordes afilados y pulimentados, erudita sin caer en la pedantería y con una frescura (el autor es, claramente, un fresco) perfectamente calculada. *El turista perplejo*, lejos del libro de viajes al uso, busca los resquicios de la diferencia, la sorpresa y el contraste en un mundo globalizado, donde cada vez parecen quedar menos sorpresas y las diferencias se diluyen en un único y gigantesco supermercado neoliberal. Y, sin embargo, ahí están: lugares como Corea del Norte, vista con ojos impávidos de quien no puede creer lo que está viendo, pero tampoco aquello que no le dejan ver. Rutas andinas que bordean

la catástrofe en un intento de confraternización hispana con cerveza caliente y preguntas inconvenientes. Lugares que son casi *no-lugares* por su propia naturaleza intersticial, como ese país en negativo, digno de emparejarse con Ruritania, que es Transnistria (igualmente podría llamarse Transinistria, teniendo en cuenta que su capital es Tiraspol...), situado en tierra de nadie entre Moldavia y Ucrania, donde al autor no se le ocurre otra cosa que ir de fiesta. O como el *Outback* australiano, donde la herencia de los penales británicos con acento irlandés o escocés se funde y confunde con el espíritu de la vieja Frontera al más genuino estilo *western*. Ernesto Colsa busca y encuentra los restos de identidades históricas y estilos de vida singulares, que se niegan a integrarse en la Aldea Global, despertando nuestra perplejidad ante el absurdo constructo de naciones, fronteras y tradiciones milenarias inventadas ayer. Gracias a su irónica prosa de póker, con mirada átona de inveterado cara de palo, probando todas las cervezas y poniendo a prueba todas las paciencias de burócratas, guías y paisanos, *El turista perplejo* te devuelve las ganas de viajar en un mundo donde, vaya, cada vez va a ser más difícil, caro y peligroso hacerlo. Pero ya saben: compren un revolver... y viajen, viajen.

Jesús Palacios

CURSO DE MARXISMO EN UNA SEMANA (NEGRA)

EN MEMORIA DE MARTA HARNECKER, CHILENA, DIVULGADORA DEL PENSAMIENTO DE CARLOS MARX, FALLECIDA EN 2019 A LOS 82 AÑOS

[2]

LA TEORÍA MARXISTA DE LA HISTORIA

En pocas palabras. La teoría marxista de la historia es un estudio científico de la sucesión discontinua de los diferentes modos de producción. Ese estudio debe ser puesto al servicio de realidades concretas, y la utilización de esa teoría marxista de la historia (o sea del cuerpo de conceptos del materialismo histórico) es lo que diferencia a un historiador marxista de un historiador no marxista.

Para **Marx** el materialismo histórico es una ciencia, y una ciencia que se opone al dogmatismo y al revisionismo. Y como tal ciencia se desarrolla. No es un dogma fijo sino que cambia, que vive de su desarrollo, de sus descubrimientos. Cuando Carlos Marx decía en una muestra de humorismo que él «no era marxista» quería decir que consideraba lo que había hecho como un simple comienzo de una ciencia porque un saber acabado sería un sinsentido que más temprano que tarde conduciría a una no-ciencia.

En *Anti-Düring* **Federic Engels** escribió: «con los descubrimientos de Marx el socialismo se convierte en una

ciencia que ahora debe elaborarse en todos sus detalles». Y **Lenin** en *Nuestro programa* expuso: «La teoría de Marx no es algo acabado e intangible: por el contrario, esa teoría no ha hecho más que colocar las piedras angulares de la ciencia que los socialistas deben impulsar en todos los sentidos».

El marxismo no habla de la historia como una obra individual. Las acciones de los hombres y mujeres, que aparecen como infinitamente variadas y difícilmente sistematizables, fueron relacionadas por el marxismo como «acciones de grupos de individuos que difieren entre sí por el lugar que ocupan dentro de la producción social». En resumen: es la lucha de clases y no la acción de los individuos lo que determina la marcha de la historia. El marxismo sostiene que en las sociedades de clase no son las mujeres y los hombres en general los que hacen la historia sino las masas, es decir, las fuerzas sociales comprometidas con la lucha de clases; y sostiene que la lucha de clases es el motor de la historia.

Dos errores frecuentes. Uno el *economicismo* que dice que la lucha económica es la única forma de lucha válida, y otro el *voluntarismo* que caracteriza al izquierdismo, o sea, «la enfermedad infantil del comunismo». Contra eso, la ac-

ción, «porque es en la acción y no en los discursos ni en los buenos propósitos donde se prueban las verdaderas vanguardias revolucionarias».

Carlos Marx y Vladimir Illich Lenin abundaron en temas como el izquierdismo aventurista y sobre lo malo que es desarrollar una política desarraigada de las masas. La solución ante ello: *políticas de masas*. Es decir, confiar en las masas y en su posibilidad creadora para vencer a sus enemigos de clase.

Se trata de *respetar* a las masas, tanto sus intereses inmediatos como los de a largo plazo; *consultar* a las masas. **Mao** dijo: «El militante que no ha hecho encuestas no tiene derecho a hablar». *Informar* a las masas, y eso de forma veraz tanto de lo positivo como de lo negativo; *educar* a las masas, elevando su conciencia política; *organizar* a las masas, buscando la máxima participación; *movilizar* a las masas lanzando consignas adecuadas a cada coyuntura. Bien nos lo recordó en sus escritos **Marta Harnecker**.

EN CAPÍTULOS ANTERIORES. El marxismo.

MAÑANA: El proceso de trabajo

Luisi Piñera

La penúltima de Teobaldo

¡Déjame respirar!

«I can't breathe!»: ¡no puedo respirar! Fueron las últimas palabras del detenido de color (negro) antes de que el policía de color (blanco) le asfixiara hasta la muerte. Dicen que han prohibido la maniobra; por las protestas, claro. Realmente no se trata de una maniobra defensiva, necesaria para repeler una agresión, sino un ejercicio de sumisión. «¡Te piso la cabeza!», nos amenazaba el matón

de patio de colegio. En los protocolos de los reinos orientales, el vasallo se tendía cuan largo era ante el monarca y de su propia mano colocaba la dorada babucha real sobre su cerviz, en señal de acatamiento total.

La foto de hoy representa el pañuelo palestino de una de las decenas de personas que exigieron a la bota militar que deje de oprimir la nuca de la ciudadanía de Gaza y Cis-

jordania; no puede empezar la Semana sin un acto previo reivindicativo en su prólogo. Seguirá su periplo la Flota de la Libertad contra el inhumano bloqueo. ¡Dejadlos respirar!

El pobre de pedir de la Plaza del Parchís hacía muecas de desagrado: ¿qué nos importa a nosotros los asuntos de gente que vive tan lejos? Igualmente pensaba el señor de camisa azul falange y mascarilla con bandera rojigualda, que asomó la nariz y se fue apresuradamente. Como los lectores en general son razonables, voy a responder solamente a los egoístas. Miren: si aquí la pandemia la preparó fina, ¿qué no estará pasando en un país bloqueado, escaso de electricidad, agua y medicinas? El virus viaja sin pararse en las fronteras, puede volvernos sin previo aviso. La salud, o es universal, o siempre estaremos en riesgo.

Es curioso que siempre necesitamos cargar contra alguien que esté peor que nosotros. Antes nos metía-

mos con los gitanos; ahora pensamos que magrebíes y subsaharianos se llevan nuestros impuestos. En la Semana estuvieron regularmente; déjelos respirar, doña Enriqueta, no vienen a robarle el bolso sino a venderle otro, con cuyo producto se alimentarán y se arreglarán para enviar unos euros a sus familias, en un difícil equilibrio de rentabilidades. Esperemos que, no tardando mucho, no estén en la periferia del recinto ferial, sino en la mesa, en los colquios, presentando sus libros.

Lo más absurdo que viví en los últimos años fue una conversación entre unos chavales gitanos, hablando de la discoteca donde habían estado el fin de semana. Decía uno: «¡Quita, chaval, ni loco: está llena de rumanos!».

Los que vivimos de nuestro trabajo tenemos los mismos intereses. Vamos a juntarnos todas las gentes de color negro, blanco, amarillo o a cuadros, y vamos a alzar la cabeza

ante quienes se han quedado con las riendas del mundo y además nos dan con la fusta, y gritaremos: «¡Dejadnos respirar!».

Teobaldo Antuña



PROGRAMA DOMINGO 5

- 11.00 Apertura Feria del libro SN (Calle Tomás y Valiente).
- 18.00 Apertura de exposiciones:
— *El Anarquismo en viñetas* (Sala 1).
— *Mori omnipresente* (Sala 3).
- 18.00 (Patio CCAI) Entrega del Premio Novelpol. Con José Ramón Gómez Cabezas.
- 18.10 (Patio CCAI) Charlando con: **Paco Gómez Escribano** de *Versografía Maldita* y su nueva e inédita novela. Con Ángel de la Calle.
- 18.10 (Salón de Actos) *El gran Pirelli* de **Julio Rodríguez**. Con Luis Artigue.
- 18.25 (Patio CCAI) Presentación: *El lento adiós de los tranvías* de **Manuel Rico**. Con Miguel Barrero.
- 18.35 (Salón de Actos) Presentación: *La balada de los ahorcados* de **José Ramón Gómez Cabezas**. Con Paco Gómez Escribano.
- 19.00 (Patio CCAI) Presentación: *La simiente de la esquirola* de **Rodolfo Martínez**. Con Germán Menéndez.
- 19.10 (Salón de Actos) Aula SN. Colabora el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Proyección Internacional de la Universidad de Oviedo. *Mujeres del Socorro Rojo Internacional en España (1934-1939)*. Con **Laura Branciforte**.
- 19.25 (Patio CCAI) Presentación: *La chica a la que no supiste amar* de **Marta Robles**. Con Ángel de la Calle.
- 20.00 (Patio CCAI) Hablando de *Carvalho: problemas de identidad* de **Carlos Zanón**. Con Lorenzo Silva.
- 20.10 (Salón de Actos) **DiverSOS**.
- 20.25 (Patio CCAI) Presentación: *Progenie* de **Susana Martín Gijón**. Con Carlos Zanón.
- 21.00 (Patio CCAI) Presentación: *El mal de Corcira* de **Lorenzo Silva**. Con Ignacio del Valle.
- 21.25 (Patio CCAI) Presentación: *Hijas de las sombras* de **Felicidad Martínez**. Con Carmen Molina.
- 22.30 Concierto:

CUARTETO MÖEBIUS



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Estaba yo ayer cenando en la cafetería del Don Manuel, con el ordenador al lado y Word abierto en blanco, pensando en sobre qué escribir esta columna mientras me tomababa una riquísima sopa de cocido, cuando comenzaron a llegarme retazos de la conversación de dos comensales vecinos; o, por mejor decir, de lo que un hombre contaba a la mujer con la que cenaba. No lo escuchaba nitidamente, porque estaba de espaldas a mí y además había música puesta, pero lograba captar alguna frase suelta, y algunas palabras. Algo de «ocuparse él mismo» de **Pablo Iglesias** y de que «el que se ponga en medio ya sabe a qué atenerse». Algo de «acabar con las armas en la mano» y de que «basta ya de poner la otra mejilla». Algo de Venezuela, de La-Sexta, de **Bill Gates**, del nuevo orden mundial, de los masones y de que quieren cargarse al quince por ciento de la población. Algo de que «jamás hubieran sido independientes sin la ayuda española y así nos lo pagan».

A veces la realidad es la novela más negra; y más en estos tiempos recalentados que, a la vez que deshielan el *permafrost* del Ártico, liberando grandes masas de gas que agravarán aún más el efecto invernadero, parecen derretir también poco a poco la costra helada de la civilización, haciendo rebrotar todos los demonios del oscurantismo que bullían debajo. Da bastante miedo. Se está volviendo todo muy extraño. Esta misma Semana Negra es extraña de narices. Ayer se me caía el alma al suelo viendo la caseta de las firmas, en la Feria del Libro, con sus mamparas de seguridad interpuestas entre el escritor y sus *fans*. Quieran los dioses que todo este delirio pandémico no vuelva a repetirse y el año pasado vuelva todo a la normalidad. A la vieja normalidad.

Pero bueno, entretanto, disfrutemos lo que podamos. Yo quería recomendarles, de lo de hoy, la novela de **Lorenzo Silva**; un nuevo caso —el décimo— de sus Bevilacqua y Chamorro, que me ha resultado particularmente atrayente. En esta novela, Bevilacqua se traslada a Guipúzcoa para resolver un crimen y eso lo obliga a enfrentarse a algunos fantasmas de su pasado como parte de la lucha antiterrorista: a «lo que hizo y lo que dejó de hacer en una guerra entre conciudadanos como la que veinticinco siglos atrás hubo en Corcira —hoy Corfú— y que Tucídides describió en toda su crudeza», como reza la sinopsis del libro, interesantísimo como digo. Silva es un escritor como la copa de un pino, pero ¿qué les voy a contar que no sepan? Mejor dedico lo que queda de esta columna a advertirles sobre otro peligro que no es para tomarse a risa en esta Semana Negra: las putas gaviotas. Ayer vi a una abalanzarse sobre un sobao en una mesa con gente en la terraza del Café del Parchis. Cada vez están más envalentonados, estos pajarracos del diablo. Tengan cuidado.

diverSOS

Espacio de comunicación, solidaridad y activismos

DOMINGO 5 DE JULIO

Centro de Cultura ANTIGUO INSTITUTO JOVELLANOS (Xixón)



20H
Presentación **Asturias Covid19, cuando nos sorprendió el silencio**
Con **Miki López**

20:30H
Mesa redonda **Enseñando a mirar: la importancia de la formación en fotografía**
Con **Jessica Martínez, Patricia F. Bregón, Matilde Huerta, Roberto G. Roces** y **José Ramón Navarro**

21:15H
Mesa redonda **Diálogo entre proyectos de cultura popular**
Con **Adán Callejo** (Underskillz, Tenerife), **Distrito 7** (Argentina) y **La Nave** (Málaga)

XXXIII SEMANA NEGRA  **OBTÉN TU ENTRADA GRATUITA**
3 AL 12 DE JULIO DE 2020 Aforo limitado, entrada obligatoria.

Disponibles en:  **eventbrite**

Para poder acceder este año a las distintas actividades celebradas en el Centro de Cultura Antiguo Instituto, será necesario sacar con anterioridad una entrada, que se podrá obtener de manera totalmente gratuita a través de la página web de la Semana Negra. Para ello contamos con la colaboración de la plataforma internacional **Eventbrite**. Las entradas estarán disponibles desde las 9 de la mañana del día anterior hasta completar aforo. El enlace para adquirirlas es el siguiente:

<<http://semananegra.eventbrite.es>>

Si surge algún inconveniente o no sabes muy bien si podrás asistir, siempre podrás cancelar tu entrada fácilmente en Eventbrite, de modo que otra persona pueda disfrutarla; y te rogamos que lo hagas.